Foto de Magdalena Cabuis que utilizó el autor para ilustrar la portada

EFREN REBOLLEDO

SALAMANDRA

MEXICO
MCMXIX

Es tan fría que con su contacto extingue el fuego

LXXXVI. Sabemos por varios autores que se engendra una serpiente de la espina dorsal del hombre. En verdad, la mayor parte de las generaciones se operan de manera oculta y desconocida aun en la clase de los cuadrúpedos.

La salamandra es un ejemplo: su forma es la de una lagartija; su cuerpo estrellado. Nunca aparece sino en las grandes lluvias; desaparece en el buen tiempo. Es tan fría que con su contacto extingue el fuego como lo haría el hielo. La espuma blanca como la leche que arroja por las fauces hace caer el pelo de todas las partes del cuerpo humano que toca, y deja sobre la parte tocada una mancha blanquecina.

Historia Natural de Plinio.

Versión de M. Ajasson de Grandsagne.

Para que te acuerdes que has visto

una salamandra

Cuando tenía yo la edad de cinco años más o menos, estaba mi padre en un cuarto de nuestra casa donde se había hecho colada y ardía un buen fuego de encina. Juan, con una viola en el brazo, tocaba y cantaba solo a la vera de la chimenea. Hacía mucho frío. Al poner la vista en el fuego, mi padre advirtió en medio de las llamas un animalillo como una lagartija que se regocijaba entre las más vivas brasas. Cuando se dió cuenta de lo que era nos llamó a mi hermano y a mí, y mostrándonosla, a mí me dió una fuerte bofetada por lo que me puse a llorar muy lastimeramente. El, callándome con mucho cariño, me dijo así: Querido hijo mío, no te he pegado porque hayas hecho nada malo, sino solamente para que te acuerdes que esa lagartija que has visto en el fuego es una salamandra.

Autobiografía de Benvenuto Cellini.

Barbey d'Aurevilly la habría escogido como modelo para escribir una de sus "Diabólicas"

ELENA RIVAS era coqueta; pero no con esa coquetería natural en todas las mujeres que se gustan a sí mismas y se complacen en conquistar la admiración de los hombres.

Desencadenaba sobre sus perseguidores al "monstruo de los ojos verdes" porque la deleitaba el espectáculo del sufrimiento. Enardecía a sus cortejantes para estudiar en ellos los efectos de la pasión, como para ensayar un nuevo tósigo Cleopatra envenenaba a sus esclavos. Barbey d'Aurevilly la habría escogido como modelo para escribir una de sus "Diabólicas," y la realiza en las tragedias de la pantalla el súcubo hechicero y alucinante que se llama Pina Menichelli.

Era monstruosamente coqueta.

Nació en Sonora, y siendo hija de un rico ganadero, se educó en los Angeles, donde adquirió esa independencia que distingue a las

mujeres de los Estados Unidos. Durante la revolución, su padre sufrió enormes pérdidas en sus propiedades, y no sintiéndose seguro en su provincia, vino a radicarse en la capital, siguiendo el derrotero de toda la gente acaudalada de la República.

A instancias de su espíritu aventurero, más bien que por amor, se casó con un militar revolucionario, después de acres disgustos con sus padres. Divorciada a poco, no volvió al seno de su familia. Prefirió su libertad, y bella, rica, despreocupada, continuó viviendo en su magnífico hotel de la Colonia Juárez, causando la estupefacción de la sociedad metropolitana, que se mantenía encastillada en las costumbres del tiempo de los Virreyes.

Al verla entrar en el pequeño salón ajuareado con muebles Luis XV, luciendo un sencillo vestido de tarde de crespón gris, Fernando Bermúdez dejó sobre la cubierta de mármol color de rosa de la mesa de centro un libro empastado de marroquí verde que hojeaba distraídamente, y se levantó a estrechar una mano que habían hecho impecable el ocio y la manicura.

Elena Rivas frisaba con los veinticinco años y poseía una belleza avasalladora que tomaba los corazones por asalto. El sentimiento que inspiraba, no se formaba lenta-

mente como los cristales que revisten las ramas depositadas en el lago de Salsburgo, sino estallaba de súbito como una descarga eléctrica. De los dos linajes de amor que existen, según Stendal, ella era amada no por cristalización sino por *coup de foudre*.

No era ni la gigante del autor de *Flores del Mal* ni la Dueña Chica del Arcipreste de Hita, sino de una estatura media, a la misma distancia de los extremos. De pelo tan negro como el de una japonesa, pero más fino, ligeramente ondulado en vez de ser liso y mucho más abundoso. Su carne pulida, firme y de tonos dorados, en ninguna parte dejaba señalarse los huesos. Su busto era alto y rica su cadera. Gracias al traje moderno que desviste tan bien a las mujeres, mostraba la redondez de sus brazos al través del tul de las mangas, el arranque de los hombros, y oprimido por el tubo de la bota el delgado tobillo que se ensanchaba bruscamente bajo la malla tirante de la media, realizando esa forma de pierna tan preciada, que en la jerga masculina mexicana se llama champañera. No es posible definir el color de sus ojos, como no es posible definir el color del océano, pero eran más bien obscuros, y cuando no los cambiaba la coquetería eran duros como los de las aves de presa. El timbre de su voz era armonioso, con un leve matiz de burla

que acentuaba la impertinencia de sus frases, y su risa breve, aguda, cruel, confirmaba la opinión de Dostoiewsky que observa en la *Casa de los Muertos* que para conocer a una persona se estudie su risa.

—¿Estaba usted leyendo a Eugenio León? le preguntó al mismo tiempo que se sentaba mostrando al cruzar la pierna una bota alta y puntiaguda de cabritilla gris. Si el autor es como su prosa, debe ser interesante.

Fernando volvió a tomar asiento, alzando instintivamente sus pantalones de bajos dobles y no acertando a despegar los labios, sombreados por un pequeño bigote a la inglesa.

—Temo haber llegado muy temprano, balbutió, mirando a hurtadillas la media de seda gris; pero he querido encontrar a usted sola para hablarle largo y en serio.

—Largo y en serio, ¡qué fastidio!

—Es necesario que esto concluya, prosiguió Fernando deslizándose hasta el borde de la silla, y con trémulos ademanes, con tono resuelto y áspero, le reprochó todos sus devaneos.

"Tiene usted una corte de pretendientes."

"Muñoz la sigue a usted por todas partes como un perro."

"La otra noche que salimos juntos Jiménez y yo de la casa de las Lozano, con esa

estupidez de que Dios le ha hecho merced, me hizo su confidente, y me reveló todos los pequeños favores que usted le ha dispensado."

"Alentado por usted, el viejo de don Camilo Serna asume aires donjuanescos."

"El domingo pasado fué usted al cabaret de Chapultepec."

"La gente chimorrea."

Concluída su requisitoria, Fernando permaneció mudo, pugnando por contener las lágrimas de dolor y de rabia de que estaban preñados sus ojos.

Elena lo oyó con fruición, como toda coqueta al pretendiente que le pide celos; con interés, como a un actor que pronuncia hábilmente un parlamento; maravillada de que movido por la emoción se expresara casi con elocuencia; con impasibilidad, balanceando la pierna y poniéndose la mano en la barba, y al fin acabó por reirse, hiriéndolo, como con un estilete envenenado, con su risa aguda y burlona.

—Yo no tengo la culpa de que los hombres tomen como coquetería lo que no es sino la llaneza de mi trato, replicó a la postre, haciendo un mohín delicioso de enfado, y poniendo en el cojín de raso bermejo su mano cuajada de pedrería.

Fernando acercó la suya a aquella mano sedeña que le presentó su palma, más suave

que el interior acojinado de un alhajero, de un espléndido alhajero, que en vez de joyas atesorara caricias, y temeroso de haber provocado el enojo de Elena, no solamente olvidó sus agravios sino le pidió perdón.

—Ha estado usted muy impertinente, le dijo entre zalamera y esquiva, y con el aire condescendiente de una reina, se dignó permitirle que cubriera de besos su alargada mano de marfil.

Yo haré que realice su más bella obra de arte

UNA tarde, a la hora de la siesta, vestida con un *negligé* color paja, se encontraba Elena en el espacioso hall de lustroso piso de taracea, recostada perezosamente en un diván cubierto con una piel de tigre.

La luz se amortiguaba al atravesar el emplomado del comedor que representaba un paisaje irreal de árboles nunca vistos y de aves maravillosas, haciendo arder con mortecino brillo los cristales de colores; sobre el papel ocre del muro recortaban las palmas sus abanicos verdes, y como única nota cálida, en el florero que adornaba la mesa, descollaba un ramillete de rosas tintas, que parecía un racimo de corazones chorreando sangre.

Presa del aburrimiento, Elena se puso a hojear "El Independiente Ilustrado" que había puesto como en un atril en la enorme testa de glaucos ojos y afilados colmillos.

Vió primero todas las ilustraciones; recorrió luego las notas de sociedad, encontrando interesantes aquellas en que figuraba su nombre; se demoró en la página de modas, y al pasar a la parte literaria, reparó en la firma de Eugenio León que campeaba al calce de cuatro estrofas a las que servía de título el primer hemistiquio del primer alejandrino.

Siempre le habían encantado la originalidad y la técnica de aquel poeta.

Leyó de prisa y en silencio, recitando después con su voz de oro:

Un raudal de promesas

Un raudal de promesas son tus lánguidos ojos,
Y un jardín de jazmines son tus mórbidos brazos;
Mas tú eres un abismo de peñascos y abrojos
Que las almas atraes para hacerlas pedazos.

Tu cuello, delator de tu oculta blancura,
Como un lirio se yergue despertando ansias locas;
Pero en vano el deseo como el mar se tortura
Azotando y besando de tus senos las rocas.

Tus besos son más dulces que la miel de las flores,
Más sabrosos que el jugo que destilan las cañas;
Pero infeliz quien pruebe tus labios tentadores,
Porque una sed eterna quemará sus entrañas.

Y una espesa mortaja, una fúnebre ajorca
Es tu lóbrego pelo; más tanto me fascina,
Que haciendo de sus hebras el dogal de una horca,
Me daría la muerte con su seda asesina.

Después de repetir una y otra vez los dos últimos versos, permaneció un instante pensativa, mostrando al sonreir las filas de sus dientes blancos y menudos, y desperezándose con más indolencia que el felino sobre cuya piel estaba de bruces.

En seguida exclamó, ufana de dar forma a un pensamiento impreciso:

—No está mala esta poesía, sobre todo la última estrofa, y una muerte digna de un poeta. Yo haré que poniendo en práctica esta idea realice su más bella obra de arte.

En medio de los melancólicos cuadros de Inclán,
la cálida belleza de Elena producía
un deslumbramiento

LA casa del Conde de Orizaba abría sus pesados batientes adornados con dibujos de sutil cerrajería cediendo el paso al público capitalino, que sacudiendo su crónico marasmo, acudía a la Exposición de Rutilio Inclán.

Aunque su personalidad artística se destacaba con vigoroso relieve, no era debidamente conocido, por no haber logrado en vida exhibir sus cuadros como era su más vivo anhelo. Adoleció de una enfermedad que lo convirtió en una momia con la piel pegada a los huesos, y cuando expiró, en medio de un optimismo que no lo desamparó nunca, su muerte, aunque esperada, produjo la impresión de una tragedia. No era trágico que desapareciera joven, que así se van los amados de los Dioses, sino que no hubiera realizado la obra para la que se había preparado durante toda su vida laboriosa y recoleta.

Dedicó sus contados años al arte, en un medio ingrato donde el artista no es aguijoneado por ningún estímulo, y con el obscuro presentimiento de que iba a vivir poco, pintó febrilmente, adorando a su joven compañera, de quien dejó varios retratos, y a su hijo, hermoso como un serafín renacentista.

A propósito de la exposición, se contaba que un Ministro había pagado varios óleos munificamente, y que un General había adquirido en subida suma una sola tela. Sus amigos estimaban en un caudal el producto de la venta, y habían tasado en altas cifras el último boceto, cerrando los ojos a la indiferencia y ruindad de nuestros ricos.

De un auto que se detuvo ante la fachada de lucida azulejería y marcos de labrada chiluca, descendió Elena Rivas en compañía de Lola Zavala, una amiga con quien salía a todas partes, y de Fernando Bermúdez, penetrando en el bello patio colonial, cuyos muros estaban tapizados con los cuadros del artista.

Llamaba la atención el gran número de pinturas. Maravillaba hasta a los mismos admiradores de Inclán que concurrían asiduamente al pequeño estudio de la calle de Mesones. Había bastantes óleos, pero sobre todo dibujos, porque eran muy caros los colores de aceite. Vista aisladamente, cada

obra revelaba caracteres de fuerza; pero la impresión del conjunto era de irremediable abatimiento. Caras de niños tristes, cabezas de viejos apergaminados, cuerpos musculosos de atletas en actitud de vencidos. Aunque la línea era firme, era débil el colorido, con predominio del azul y del violeta.

El público discurría de un lado a otro, haciendo apreciaciones sobre los cuadros.

—¿Te has fijado en los precios? preguntó Lola Zavala.

—Muy altos, contestó Elena, y sin embargo, yo querría comprar algo; pero todo es de una tristeza que me enferma.

Dilató los ojos en derredor, sintiendo una impresión de alivio al ver las columnas de arábiga esbeltez; los marcos de rebelde cantera esculpidos como si fueran de blando cedro; las puertas labradas como obras de platería; la fuente, trabajada con el primor de una hornacina, de donde estaba ausente el líquido fresco y gárrulo; el barandal del segundo piso de bronce de China, y los preciados azulejos de Puebla, que formando caprichosos alicatados, cercaban los marcos de ventanas y puertas; componían frisos; esmaltaban techos y revestían los peraltes de los peldaños de la escalera.

—Mira, observó Lola, señalando el primer escalón, allí mató un militar al Conde

don Andrés Suárez de Peredo porque no le permitía que tuviera relaciones con su hija.

—Le hacía falta un vivo florón rojo a la frialdad del gris y el azul de esta arquitectura, repuso Elena, que como tenía fuerte la imaginación, vió relampaguear una daga de Toledo delante de sus ojos y correr sobre la piedra la sangre escarlata.

Bermúdez saludó familiarmente a un garzón afeitado a la americana y bien trajeado que en medio de un grupo de gente de letras, contemplaba el lienzo de Los Compadres, y se lo mostró a Elena, recordando el libro empastado de marroquí verde que había visto en su casa.

—Preséntemelo usted, le contestó, y Bermúdez se apresuró a complacerla, envanecido de exhibir su amistad con los literatos.

En el ambiente de aquel arcaico palacio y en medio de los cuadros de Inclán, tristes y de mustio colorido, la cálida belleza de Elena, de carne dorada como un Giorgione, producía necesariamente un deslumbramiento.

Así lo experimentó Eugenio León, que al inclinarse, se imaginó que estaba delante de una dogaresa.

—¿Nos vamos? les dijo Elena a Lola y a Bermúdez, consultando su pequeño reloj de pulsera, encuadrado en brillantes.

Y a Eugenio León, tendiéndole la mano:

—Tendré mucho gusto de verlo a usted en casa. Estoy todos los viernes; pero es mejor que me prevenga por teléfono.

Vestía un traje color azul pavo

EL viernes siguiente, Eugenio León fué al recibo de la señora de Montalvo, más conocida en sociedad por Elena Rivas, su nombre de soltera.

Cuando llegó, ya la encontró rodeada de gente; pues aunque la vituperaban por su independencia, no tenían reproches para las gollerías de que siempre estaba provista su mesa.

Vestía un vestido de tarde color azul pavo, y atendía con tacto a sus visitas.

Mientras se trató de conversar y tomar te, Eugenio León casi se comportó como un hombre de mundo, prodigándoles a las señoras frivolidades y pasteles; pero cuando de retorno al salón, Fernando Bermúdez le dió cuerda a la vitrola, y comenzó el baile a los lánguidos compases de *Poor Butterfly*, confesó que no sabía bailar, disimulando su despecho. Vió levantarse a Elena aceptan-

do la invitación de Bermúdez, y masticando su cólera contra la banda de pisaverdes que acaparaban a las parejas jóvenes y lindas, se resignó mal de su grado a dar conversación a las señoras posmeridianas; a atender a las señoritas desahuciadas que seguían con envidia el contoneo de los danzones, o a oír, en el vano de una puerta, las observaciones malévolas o los cuentos colorados de los hombres que ni bailaban ni se acercaban al menos a las señoras, por falta de trato.

Una señorita de pelo rubio y ojos color de ajenjo, cantó con buen gusto unas romanzas en francés; Cloti, como le decían familiarmente a una señora de tipo sevillano, cantó picarescamente unas tonadillas, puestas en boga por una tiple de zarzuela, y la nena Covarrubias tocó al piano valses de Chopin.

En cuanto al objeto de su visita, apenas si Eugenio León había logrado estrechar la mano de Elena, y que le sirviera con los dedos dos terrones de azúcar en su taza de te.

Todavía se sometió a la prueba de recitar, no obstante la sinceridad de su negativa, y les prometió a algunas señoritas románticas versos para sus álbumes.

Poco a poco se fueron retirando los invitados, las señoras después de besarse en ambas mejillas y de despedirse muchas veces.

Cuando no hubo sino hombres, Elena se hundió en un diván oriental cargado de cojines, y encendió un cigarrillo egipcio de extremo dorado que mantuvo en sus labios haciendo valer la blancura de su brazo.

—¿Le gusta a usted fumar? le preguntó Eugenio León.

—Nada más porque en México nos está vedado a las mujeres; pero me parece un vicio bastante desabrido. Me gustaría más fumar opio, recostada en un canapé y reposando mis zapatillas bordadas de seda roja en un escabel.

—Si quiere usted hacer la experiencia, yo sé que en México hay fumaderos de opio, observó Muñoz, un deportista muy conocido por sus troncos de caballos y sus automóviles.

—Encantada, contestó Elena, porque es una afrenta que sean más refinados que nosotros nuestros lavanderos. Lástima que nuestra mariguana, en vez de hermosos sueños, provoque crímenes vulgares. A propósito, Muñoz, ¿cuántos caballos ha comprado usted?

—Ninguno, Elena, y los pocos que conservo en mis caballerizas, pienso regalárselos al Museo; pero he adquirido un auto magnífico que le ofrezco a usted, el último modelo inglés.

—Aceptado, si yo manejo. No se alarme usted, sé manejar muy bien, aunque cometí la torpeza de aprender estropeando mis autos y no los ajenos.

—Ya sé que maneja usted admirablemente, Elena, agregó Muñoz.

—Tomen ustedes una copa de cogñac, propuso Elena. El te es una bebida que sólo predispone a hablar de trapos y de los matrimonios en perspectiva.

—¿Qué va usted a hacer mañana? inquirió Jiménez, un joven tonto y rentado, que no se preocupaba sino de poner un traje nuevo sobre su persona.

—Voy al cine con Lola Zavala a ver a la Bertini en uno de las Siete Pecados Capitales, y de allí a bailar en casa de las Ramos.

—Me agrego a la partida, interrumpió Jiménez.

—De ninguna manera, objetó Elena, mirando en derredor, no se lo permito ni a usted ni a nadie, porque yo voy a ver la cinta y no a que me destrocen las botas o me cuchicheen declaraciones que ya no tienen el atractivo de la novedad.

—Yo creía que el cine era sólo para los niños y para los novios, advirtió don Camilo, un viejo muy acicalado y con las canas teñidas.

—Y yo, agregó Eugenio, que el baile era un *divertiss ement* que debe uno ver desde su butaca. Como ejercicio, creo que es mejor la gimnasia sueca.

—Se equivocan ustedes, arguyó Elena. Yo conceptúo el baile y el cine como las diversiones modernas por excelencia. El baile es el lenguaje natural de la alegría y el motivo más agradable de sociabilidad. Comparado con el cine, es lento y monótono un drama de Berstein. Cuando me aburro, todavía me queda el recurso de pasearme por los barrios, donde hay más exotismo que en un viaje al oriente. Y ustedes, ¿cómo matan el tiempo? Yo daría algo por averiguar como se divierten los hombres en México, sobre todo los ricos. No hay *cocottes* elegantes, ni *clubs*, ni carreras de caballos, ni siquiera vida social. Cuéntenme ustedes, ya saben que se puede decir todo delante de mí.

Todos permanecieron mudos ante la pregunta de Elena, dándose cuenta de la miseria de sus vidas. Solamente Eugenio León murmuró, vejado por aquel instante de silencio:

—Yo tengo orgías de arte, leyendo hasta la madrugada obras de autores exquisitos y perversos.

Es usted muy libertino, repuso Elena, deando oír su risa cristalina; pero sería mejor

que se dedicara al baile. Con Cobos aprendería usted en un mes. Así tendría el inmenso placer de bailar conmigo, y se llevó el cigarrillo egipcio a los labios, saboreando más que el humo insípido, su exquisita impertinencia.

La araña tejiendo su tela

DESDE aquella vez, Elena Rivas no había vuelto a ver en su casa a Eugenio León, muy remiso para cumplir con sus deberes de sociedad; pero cada vez que lo encontraba, tendía un hilo de la red en que había de hacerlo prisionero.

Atraído por sus zorrerías, ya no dejó al azar el cuidado de ponerla ante su vista, sino comenzó a buscarla los domingos en el bosque, a la hora del desfile en la avenida del Rey, y todos los días en Sanborn's, en el teatro, donde quiera que acudía la gente conocida.

En un baile en beneficio de los aliados que se daba en el Hotel Imperial, le preguntó, después de escanciarle hasta embriagarlo el vino obscuro y fuerte de sus ojos:

—¿Ya aprendió usted a bailar?

—Tengo la pena de confesarle a usted que sí, no obstante mis ideas en contra del baile de sociedad.

—Es usted un muchacho de mucho más provecho de lo que yo me había figurado. Venga usted a bailar conmigo, y le ofreció su brazo, a pesar de que un grupo de bailadores entre los que se contaban Bermúdez y Jiménez le reclamaban la propiedad de ese *one-step*.

A los jocundos acordes de una orquesta de *banjos*, cuya batería bulliciosa y polífona estallaba con frenesí de regocijo africano, y en medio del tropel de gozosas parejas que se cruzaban con rapidez de Quinta Avenida, lo enlazó con su fino brazo de tonalidades venecianas, entregándole su cuerpo al través de su vestido color carne y haciéndole aspirar sus cabellos, tan frescos y perfumados que sugerían la maravilla de un ramillete de rosas negras.

Por la delicia dolorosa que experimentaba, Eugenio se creía en el círculo del infierno, azotado por un huracán de fuego, donde pone a los lujuriosos el vidente de Florencia.

Guardó en su memoria como en un joyero la añoranza de aquel baile, y cristalizando las impresiones que había recibido, escribió a poco un ensayo acerca de la importancia de la dádiva en el amor.

"Quién sabe por qué motivo, decía entre otros sesudos conceptos, la mujer escatima sus encantos como el avaro sus riquezas."

"Lo mismo que el avaro, contempla su tesoro a puerta cerrada y a solas."

"La mujer, sobre todo la mujer mexicana, abriga un sentimiento de recelo por el hombre que la distingue con sus atenciones, y solamente después de largo tiempo de prueba, le concede poco a poco lo que debía otorgarle generosamente desde un principio."

"No se da cuenta del inmenso error que comete."

"Es un pecado contra la misericordia no dar de beber al sediento, y una crueldad ministrarle la bebida gota a gota."

"Si un enamorado consigue la reciprocidad de sus sentimientos después de muchos afanes, no la considera como una gracia sino como un galardón. Si es impaciente y arrebata con violencia lo que ha demandado con humildad, se lo apropia por derecho de conquista."

"Cuanto ganaríamos si fuera de otra guisa."

"La belleza y la juventud poseen un valor intrínseco, y su precio no puede alterarse por necios escrúpulos."

"Acepte la mujer sin ambajes al hombre a quien ama y no sentirá el despecho de verlo tornar la espalda. Deponga su desconfianza y habrá menos vírgenes de cuarenta años.

No sea rehacia ni parcimoniosa en conceder sus favores, y en vez de que el hombre los tome como una recompensa o un trofeo, los verá como una dádiva y rebosará de infinito agradecimiento."

Cierto día en que se hallaba en la redacción del "Independiente Ilustrado" dictando la crónica de la Opera, sonó insistentemente el timbre del teléfono que reposaba sobre el escritorio, y que acalló su taquígrafa, informándose quien hablaba y tendiéndole la bocina.

Era Elena Rivas que se quejaba de su ausencia, y lo invitaba a tomar una taza de te a él solo esa tarde.

Después de servirlo con todo el refinamiento de sus maneras, le enseñó sus obras ricamente encuadernadas, diciéndole que desde hacía tiempo era su admiradora y enseñándole varios subrayados. Luego lo hizo hablar de todo, oyéndolo con atención y haciendo observaciones inteligentes, logrando que Eugenio la admirara no solamente por su belleza sino por su talento.

Como recordaba que no le gustaba recitar, se levantó con sencillez, y sentándose al piano, cantó a media voz canciones de Paul Verlaine y de Rodenbach.

—Si no supiera que le disgusta a usted, le rogaría que me recitara alguna cosa, le

dijo; esto, añadió, presentándole un recorte de periódico, que sacó de un cofre antiguo de palo santo incrustado de hueso.

Era el poema que había leído recostada sobre la piel de tigre.

Aunque no sabía recitar ni tenía buen timbre de voz, Eugenio se hacía oír por la hondura de su emoción.

—¿A quién le dedicó usted esos versos? le preguntó Elena, que se había sentado a su vera, y tan cerca, que le rozaba las rodillas.

—A una Armida artera e irresistible que no existe sino en la isla de mi fantasía, le contestó Eugenio, y ahora que he satisfecho la curiosidad de usted, permítame que satisfaga la mía, cerciorándome de si su boca sabe a fresa o a granada, y no tuvo sino inclinarse para caer en los brazos de Elena, embriagándose con el zumo de sus labios más rojos que el vino de Borgoña y hundiendo los dedos en su cabellera más suave que las sedas de China.

No era macho ni hembra, como dice Plinio

de algunos animales

DESDE entonces vivió en ese estado de exaltación que, como opina Bernard Show en su enjundioso drama de *Man and Superman*, es la mayor merced que nos dispensan nuestras amadas.

En esa época de fiebre, tan propicia a la producción literaria, escribió sus más bellas crónicas y en los ágapes regocijados con sus camaradas pronunció sus frases más felices.

Como era adverso a todo trabajo mecánico, en su sentir no debía hacerse más movimiento que el necesario para conservar la salud, y en materia de gimnasia no practicaba sino la de Dominiciano. Su caminata más larga era recorrer de vez en cuando de un extremo a otro la avenida Francisco I. Madero.

Para producir sus artículos los planeaba primero en su imaginación, y luego se los dictaba a su taquígrafa, corrigiéndolos ya

pasados en máquina, como si fueran pruebas de imprenta.

De ese tiempo data su novela del *Amante Alucinado* y sus ensayos sobre el *Exito* y *Nuestros Enemigos Intimos*.

Con el producto que le rendían sus escritos, y algunas sinecuras con que lo había obsequiado el Gobierno, casi vivía conlujo, que es la más imprescindible al mismo tiempo que la más costosa de nuestras necesidades. Adornó su apartamiento con muebles Sheraton y tapetes orientales. Se servía con profusión del Agua de Colonia y se manicuraba dos veces por semana. A este propósito se maravillaba de que los políticos que se han desprestigiado tanto ofreciéndoles a las masas lo necesario, no se granjearan una popularidad más sólida y duradera prometiéndoles lo superfluo.

En sus recibos donde lo veía a las vegadas, Elena no le mostraba sino la deferencia que demanda la cortesía.

En otras ocasiones, cuando lo recibía a él solo, se engalanaba con sus más ricos trajes y se saturaba de los más penetrantes perfumes. Ya lo citaba en las penumbras encubridoras de los cines; ya salía con él a vertiginosas excursiones en auto; pero no por eso estaba más a su alcance que una estrella. Daba pábulo a la pasión en que Eu-

genio se abrasaba, pero ella se debatía impunemente en la llama escarlata.

No era macho ni hembra, como dice Plinio de algunos animales.

Era una salamandra.

Entretanto no desatendía a sus admiradores.

Tentalizaba a todos con sus miradas; pero nadie se había puesto de bruces para beber en los profundos manantiales de sus ojos. Aunque incitaba a todos con la opulencia de su cuerpo, ninguno había bogado rumbo hacia Citeres empuñando los pulidos remos de la galera de marfil.

Provocaba celos, que en una ocasión fueron causa de que en el Cabaret de Chapultepec salieran de sus fundas los *revólvers*.

Acabada de llegar de Estados Unidos, despertó una pasión en su único hermano, que se había expatriado para no sucumbir a aquella flama maldita. Su primer novio provinciano, que la amó con todo el candor de la adolescencia, murió de melancolía al verla coquetear con todos los muchachos de Hermosillo, y su marido, desesperado de no conseguir la reconciliación, marchó para el Norte a hacerse matar por las tropas de Villa.

Sus últimos triunfos habían sido el amor de un joven noble que por cortejarla había

abandonado a su prometida ya comprado el *trousseau*, y el suicidio de un antiguo novio que había emigrado por cuestiones políticas y vuelto morfinómano, murió en tierra extraña arrojándose de un cuarto piso.

Al fin accedió a visitar a Eugenio en su apartamiento.

Minutos antes de la cita estaba esmeradamente ataviada y montaba en su auto. A las cuatro en punto, que vió en su reloj, preciándose de su exactitud, se detuvo frente a la casa de Lola, que la esperaba en la puerta, conforme a su aviso por teléfono.

Se dirigieron a la casa de Madame Ratto, donde Elena se probó un traje sastre y se demoraron eligiendo telas y figurines. Vieron los últimos sombreros en casa de Madame Dallinges. En la Perfumería Exótica se hicieron mostrar costosos perfumes contenidos en frascos de formas caprichosas y desusadas. De allí se encaminaron al cine a ver una cinta de la Borelli y todavía fueron a merendar a Samborn's.

Jiménez, que estaba con un grupo de amigos se acercó a saludarlas, y tomando asiento entre las dos, comenzó a ver a todas partes, hinchado de orgullo.

Se levantaron pasando por entre la valla de desocupados que las saludaron siguiendo a Elena con ojos de codicia.

En la puerta de la casa de Lola, Elena se despidió repitiéndole que había pasado una tarde deliciosa, y la invitó al teatro al día siguiente a oír la voz maravillosa de la Raisa.

Al llegar a su hotel, Elena se detuvo a ver en el vestíbulo las tarjetas depositadas en el fondo reluciente de una bandeja de plata. Ya en sus aposentos, se inclinó para tomar en sus brazos a su gato negro cuyos ojos relucían como dos ópalos verdes, y se desembarazó de su sombrero adornado con plumas de ave del paraíso.

Se sentó en un sillón, mostrando la indiferencia de quien no piensa en nada, y al cabo de un instante, se dirigió al tríptico de su tocador de caoba, desatando su cabellera que era tan copiosa, que de tiempo en tiempo estaba forzada a recortarle gruesos mechones a fin de que no la agobiara demasiado con su peso.

Cayeron los rizos sobre sus sienes como enroscadas virutas de ébano; rodaron por su cuello como ondas de azabache líquido; se descogieron las apretadas madejas más perfumadas que un jardín y más impenetrables que el limbo en que se debaten los ciegos.

—Es un enorme sacrificio, murmuró, pero me consuelo pensando que lo hago en aras de una hermosa idea.

Y desprendiendo las últimas horquillas de carey y de oro que los sujetaban, dejó en libertad sus cabellos, que se despeñaron por su espalda, silenciosos y pesados, como un Niágara negro.

Un extraño presente

MUCHO tiempo antes de las cuatro, Eugenio León se encontraba en su apartamiento de la calle de Orizaba.

Había puesto ramilletes de rosas en los jarrones de Talavera y en los cacharros de Guadalajara que olían a barro mojado. Había sembrado el umbral de rosas tintas y fragantes para que besaran *sus* pies cuando llegara. Estaba adornado de rosas el deshilado de la mesa de caoba donde lucía el servicio de te de porcelana Imarí, y festoneaba una guirnalda de rosas el marco del tocador para encuadrar *su* imagen cuando sonriera en el fondo del espejo.

No le extrañó que no apareciera a la hora fijada, porque sabía que la impuntualidad es una cuestión de principio en las mujeres. Recostado en el diván, miraba el piso recién encerado; los dibujos de los tapetes turquescos; el mosaico que formaban los lomos de

los libros en los estantes y los cuadros colgados de los muros tapizados de papel sepia.

Hasta después de transcurrida media hora comenzó a sentir impaciencia, y se puso a pasearse de un extremo a otro de su pequeño estudio inundado de luz que no obstaban los visillos ni las pesadas cortinas de seda verde.

Se estremeció al oír la sirena de un auto que pasó a toda velocidad bajo sus balcones. Consultó su reloj que señalaba diez minutos para las cinco y abrió el balcón poniéndose en acecho. Se imaginaba verla descender de cada auto y de cada coche.

Desde su atalaya, distinguía la plaza de Orizaba con su espesa arboleda, sus calzadas rojas espolvoreadas de tezontle y su fuente circular en el centro alimentada por un surtidor que rompía su chorro de cristal en un macizo de riscos. Las niñeras empujaban los coches de los nenes y un jardinero en cuclillas entresacaba el pasto de un prado en forma de segmento de círculo. En la azotea de enfrente, una criada tendía ropa, y a sus pies se dilataba la calle de Durango con su doble fila de troenos a la orilla de la acera. Quizá vendría en un camión, y entonces se apearía en la calle de Mérida. Acaso vendría en tranvía y asomaría por la calle de

Orizaba. Creía reconocerla en cada silueta de mujer.

Intentó leer un libro de Stevenson; pero la vívida prosa del autor de "*Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hide*" y de "*Virginibus Puerisque*" no logró hacer presa de su atención que solo era solicitada por las formas y los ruidos de la calle.

No lograba refrenar su displiscencia. Lo exasperaban la risa de los niños que jugaban en el jardín, el estridor del tranvía, el tañido de la campana del templo de la Sagrada Familia; los gritos de los buhoneros y hasta la indiferencia del galgo de bronce que le servía de pisapapel.

Vuelto a tender en el diván, vió palidecer la luz en las vidrieras y entrar la noche. Así permaneció sin saber cuanto tiempo, porque no había tornado a consultar su reloj.

Súbito, oyó pasos en la escalera de caracol, y sin encender la luz, se levantó a abrir la puerta.

Era un criado que puso en sus manos un paquete y una carta.

Abrió la llave de la luz eléctrica, y al favor de la lámpara de su escritorio vió el sobre azul pálido de papel de lino reconociendo en las señas la letra grande y angulosa de Elena Rivas.

Leyó, después de abrir la cubierta con una plegadera de marfil:

"*Eugenio.*"

"*En un momento de locura le hice a usted una promesa que me es imposible cumplir.*"

"*Para poner término a unas relaciones que no conducen a nada, salgo de México, dejándole a usted ese recuerdo mío en testimonio de mis sentimientos.*" "*Elena.*"

Al cabo de un instante de perplejidad, tomó el paquete que había colocado sobre la mesa de centro.

¿Qué contendría?

Desató el listón de raso blanco que lo sujetaba, y despojándolo del papel de china blanco que lo envolvía, encontró una gran caja de terciopelo blanco. Abrió nervioso el broche que lo cerraba, y en el interior forrado de satín blanco, vió destacarse una masa suave y aromática que semejaba un manojo de esponjadas plumas de avestruz, que se antojaba una enorme madeja de finísima seda, y que no era otra cosa que una cabellera de profundo negror, sobre cuyas ondas espesas y perfumadas parecía flotar el espíritu de Baudelaire.

En menos de una semana de rusticar en "El Retiro" se había cansado de los esparcimientos campestres

AL día siguiente, salió Elena Rivas en compañía de Lola Zavala, para el Retiro, una hacienda que poseía en el camino de Querétaro, donde no había ido hacía mucho tiempo, dando órdenes a su servidumbre de que a nadie se comunicara su paradero.

Con el pelo corto, parecía un colegial maleante y empecatado que hubiera ido a pasar vacaciones a la casa de sus padres.

A pesar de todas sus incomodidades, el campo le brindaba el irresistible atractivo del cambio.

El jardín, encuadrado por los anchos corredores de la casona, abundaba en geranios que decoraban los muros con sus corimbos rosmarinos, y violetas que escondían entre las hojas sus diminutos frascos de amatista llenos de perfume.

El administrador, Fermín, como lo llamaba Elena familiarmente, más bien con el

propósito de distraerla que de mostrarle el estado próspero de la hacienda, les hizo ver el tinacal donde espumeaba el pulque en las vastas tinas de cuero de res; la vacada que rumiaba quietamente en los pesebres; los toros padres sujetos con una argolla de hierro que les taladraba las sonrosadas narices; las crías que eran todas terneras, pues los becerros son muertos al nacer: las triples trojes donde estaba almacenada la cosecha del año pasado; las tablas de cebada y de maíz; los magueyales cuyas filas simétricas y monótonas, tiradas al tresbolillo, subían hasta las laderas de las colinas cercanas.

Vinieron a visitarlas los hacendados de los contornos, y organizaron un paseo a la orilla del río, donde fueron, cuáles a caballo, cuáles en anticuadas carretelas.

Al atardecer regresaron al Retiro, a cantar al son de un piano desafinado y bailar a los acordes del fonógrafo.

Después de despedir a sus huéspedes, Elena y Lola se refugiaron en su amplia alcoba de alta techumbre de vigas de cedro, despotricando hasta que el sueño les ató la lengua y les cerró los ojos.

Mañana a mañana, cuando llegaba el correo, Elena se apoderaba nerviosamente de los periódicos que recorría con avidez no leyendo sino los títulos, y arrojándolos con

gesto de desilusión porque no encontraba la única noticia que hubiera provocado su interés.

Informado por uno de sus amigos rancheros del escondite de Elena, el deportista Muñoz llegó una mañana en auto al Retiro en compañía de don Camilo, Bermúdez y Jiménez. Iban vestidos de claro y llevaban sus cámaras a la bandolera. Tomaron vistas de la casa, formaron grupos, retrataron a Elena y a Lola montadas en burro y cruzaron apuestas acerca de quien presentara la mejor fotografía de Primoroso y Valiente, los dos toros sementales que los mozos sacaron de sus pesebres.

A la hora de yantar, brindaron por la vuelta de Elena.

—¿Qué noticias de Eugenio? preguntó Lola.

—No sé, contestó don Camilo. Yo no lo veía sino en casa de Elena. Nosotros no tratamos a los periodistas.

—Pues Fernando nos lo presentó a Elena y a mí.

—Los trato así, por encima, contestó Fernando con ademán despreciativo.

Luego de la comida se encaminaron a la sala, donde permanecieron las horas de la siesta, entorpecidos por el calor y por el pulque.

Cuando desaparecieron sus amigos entre una nube de polvo, Elena sintió caer sobre su espíritu el tedio del campo.

El paisaje era de una aridez desoladora. Fuera de las sementeras, el Retiro era un páramo, donde no había más vegetación que cardos, órganos, nopales, y desmedrados árboles del Perú. Ni una sola umbría para guarecerse del calor ardoroso. Debido a la vecindad del establo, pululaban las moscas asquerosas e importunas. Los hacendados con quienes se había mostrado condescendiente, la molestaban con sus visitas y hasta se aventuraban a hacerle la corte.

En menos de una semana de rusticar en el Retiro se había cansado de los esparcimientos campestres.

Hicieron apresuradamente sus preparativos y volvieron a México.

Era Elena demasiado refinada para poder vivir en contacto íntimo con la naturaleza.

Contemplaba el sufrimiento de su víctima

con un deleite digno del

Marqués de Sade

DESPUES de una noche de desvelo, que pasó cavilando en el sentido de aquel extraordinario presente, Eugenio León se encaminó a la casa de Elena, no obteniendo más informes de la servidumbre, no obstante sus tentativas de soborno, que el de que había salido de México.

A medio día vió a Bermúdez en la avenida Francisco I. Madero de pie en la puerta del Globo; pero no estaba tan ofuscado que le pidiera noticias a su rival. En las mismas circunstancias se encontraba respecto de Jiménez que estaba en la puerta de Samborn's, y de Muñoz que pasó en auto. Le estaba vedado hacer indagaciones con las amigas de Elena, porque nunca les había hecho una visita.

La buscó en vano en tiendas, calles, cines y teatros.

Un domingo la columbró en Chapultepec, notando que al verlo cambió algunas pala-

bras con Lola Zavala. Desde que la avizoró, desatendió a su amigo que lo acompañaba en el paseo, y al cruzarse sus autos se demudó quitándose el sombrero; pero no le retornaron su saludo. Lola volvió la cara para otro lado, y Elena deliberadamente no le contestó, a pesar de haberlo visto.

Tarde a tarde iba a la casa de Elena que siempre había salido, y acabó de desesperarse al oir el viernes que no recibía.

Cuando la encontraba, ya casualmente, ya por obra de sus persecuciones, Elena lo desconocía. En vez de luchar o simplemente de retirarse dando pruebas del más simple sentido común y del más rudimentario decoro, no dejaba de implorar gracia con su mirada y con su actitud. Los pretendientes desdeñados, como los jugadores perdidosos, no se percatan de que es inútil insistir con la suerte y con la mujer cuando se muestran adversas. Le escribió cartas rebosantes de pasión que no merecieron respuesta y le dedicó versos en El Independiente Ilustrado, no consiguiendo otro resultado que ponerse en ridículo.

Perdió la verba de que hacía gala en sus artículos, y comenzó a frecuentar las cantinas.

Un día lo llamó a su despacho el director del Independiente, un periodista político

que tenía el aire, la altanería y los vuelos de un sacre. Le dijo que había descuidado por completo el Independiente Ilustrado, que la venta había disminuído, que se habían borrado muchos subscritores, que las casas de comercio habían retirado sus anuncios, y que era necesario encomendar la dirección del periódico a otra persona. Lo despidió asegurándole que lo seguía estimando como escritor, y le prometió que le pagaría bien sus artículos.

El, que de buen grado hubiera sido un *dandy* y amaba la limpieza hasta el punto de haber dicho en una ocasión que en caso de ser víctima de la miseria, se haría mozo de un baño público, para bañarse al menos todos los días, andaba sucio y desaliñado. Se embriagaba en las cantinas de los barrios con empleados de malá traza y con literatastros. Con la inconsciencia propia de quien ha perdido el respeto de sí mismo, frecuentaba las calles céntricas como cuando era un hombre de letras próspero y considerado, osando abordar a antiguos conocidos, sin parar mientes en que les inspiraba repugnancia con su traje pringoso. Los que antes eran sus admiradores, volvían la cara para no saludarlo, y cuando le tendía la mano a alguien, lo veía retirarse pretextando alguna ocupa-

ción urgente. Como no trabajaba y carecía de recursos, comenzó a pedir prestado.

Por sus relaciones con la gente de teatro, cuando era un crítico cuyas crónicas hacían la reputación de los artistas, conservaba el privilegio, que retenía por lástima de los empresarios, de entrar de balde a los espectáculos.

Una noche de Opera en el teatro Arbeu, vió a Elena en una platea con Lola Zavala y Fernando Bermúdez. Llevaba un hermoso vestido color de fuego, con un escote muy osado, que pendía de sus hombros de dos cintas de seda, y estaba espléndidamente enjoyada, más bella que nunca.

La pasión que Eugenio León había tratado de sepultar bajo los escombros de su vergüenza, surgió avasalladora. Con una tristeza infinita que impregnaba su alma de hiel y vinagre, se dió cuenta del abismo que mediaba entre ella, rica, bella, cortejada, y él, un fracasado, un pobrete, casi un mendigo.

Sin ningún reparo la devoraba con la mirada, volviendo la cabeza desde su luneta.

Cuando lo reconoció, Elena hizo instintivamente un mohín de disgusto, asestándole luego los gemelos con impertinencia y escarneciéndolo con su sonrisa de soberano desprecio. Sin volver la cara al escenario ni fijarse en las miradas que la asaeteaban, co-

menzó a coquetear con Bermúdez, observando el efecto que producía en su víctima, con un deleite digno del Marqués de Sade. Llegó, extremando su papel de verdugo, hasta poner en el pie de Bermúdez, calzado con un zapato de charol, su pie calzado con una zapatilla de seda.

Incapaz de resistir tamaña tortura, Eugenio salió tambaleándose del teatro y marchó por la calle como un loco.

Al pasar por la calle de la Independencia, tropezó con los pies de los papeleros que dormían hacinados en los vanos de las puertas. En la esquina de Gante se topó con unas meretrices que le salieron al encuentro dirigiéndole miradas de repugnante lujuria. En los escaños de la alameda, encontró sentados a individuos como él, astrosos, sórdidos, miserables. Se aventuró por una calzada, y quitándose el sombrero, se sentó en una banca de hierro sin lograr que el frío de la noche aplacara la fiebre que lo consumía.

Se levantó de nuevo, y caminando a la ventura, llegó inopinadamente a su casa.

Ya no vivía en su apartamiento de la plaza de Orizaba, sino en una casa de vecindad por el rumbo norte de la urbe, donde entró, sufriendo como todas las noches, los ultrajes de la portera porque no le daba propina. Cruzó el patio, tropezándose con las

pértigas que sostenían las cuerdas de los tendederos, y abrió la puerta de un cuarto interior, prendiendo una lámpara de petróleo, que alumbró con su flama humeante la miseria de la pocilga.

De una cómoda vieja sacó un paquete que desenvolvió sobre su camastro, que estaba en un ángulo, con la ropa deshecha.

Era la caja de terciopelo blanco en cuyo interior de satín blanco, resaltaba la cabellera de Elena Rivas, más negra que el Infortunio, más trágica que el Crimen, más helada, mucho más helada que la Muerte. Con la conciencia de su naufragio completo y definitivo, hundió sus manos en los rizos brunos, y besándolos con sus labios febriles, los mojó con sus lágrimas, despidiéndose del amor, de la gloria, de la esperanza, de todo lo que había perdido para siempre.

Y una espesa mortaja, una fúnebre ajorca
Es tu lóbrego pelo; mas tanto me fascina,
Que haciendo de sus hebras el dogal de una horca,
Me daría la muerte con su seda asesina.

DESPUES de la Opera, Elena Rivas, envuelta en una espléndida capa de satín blanco, pasó delante de la valla formada para ver la salida de la concurrencia.

Cuando se presentó su auto, le cedió el paso a Lola y le tendió la mano a Bermúdez que se desconcertó, porque después de los avances que había recibido en el palco, esperaba más positivos favores.

Dejó a Lola en su casa, y descendiendo bajó la marquesina de su hotel, subió con paso ligero los peldaños de la escalinata de mármol.

Mientras se deshalajaba frente al tríptico de su tocador de caoba, sonreía con inmensa delectación. No se regocijaba solamente porque veía en el fondo límpido de la triple psiquis reproducida en múltiples actitudes su radiante belleza, sino porque recordada sus impresiones de la Opera. Había observa-

do las contracciones de dolor de la cara de Eugenio, lo había visto desaparecer bruscamente del teatro, y cruzaba por su alma un relámpago de esperanza.

Se puso una finísima camisa de dormir de crespón color de rosa pálido, pues tenía una epidermis más blanca y delicada que la de Ana Austria, y se deslizó entre las holandas de su cama de caoba, sobre cuya cabecera caía en amplios pliegues un pabellón de suntuoso damasco. Permaneció un momento preocupada pensando en qué vestido se pondría al día siguiente, y después de dar instrucciones a su criada, amortiguó la luz de la lámpara eléctrica que ardía sobre su mesa de noche, quedándose muy pronto dormida.

Pasó un día sin interés, en que como siempre, anduvo de compras, habló muchas veces por teléfono, hizo visitas y atizó deseos.

A la mañana siguiente, se levantó tarde, como sienta a una mujer elegante, y se sumergió en la bañera después de coquetear con el agua, que al penetrar entre sus muslos se aguzó como una daga, según el bello símil del poeta de los *Crepúsculos del Jardín*.

Después del baño se cubrió con un *negligé* de crespón blanco, y bajó al comedor a desayunarse, sirviéndose un plato de fresas con crema. Tomó el periódico que estaba

sobre la mesa y se estremeció al leer el título de una noticia.

Decía el suelto con elocuente laconismo:

Sucidio de Eugenio León.

"Ayer en la mañana fué encontrado muerto en el cuarto de una modesta casa de vecindad el poeta Eugenio León, que se suicidó ahorcándose en la barra de su cama con una cabellera negra."

En esos momentos entró una criada con un ramo de rosas. Bermúdez, que le enviaba el presente, no le inspiraba más interés que cualquiera otro de sus pretendientes; pero el sol se abalanzaba por la ventana en ondas de oro líquido, las rosas eran admirables, y sobre todo estaba contenta. Se levantó a colocar las flores en una jardinera que colocó en el centro de la mesa, tornó a sentarse, y exclamó, con los ojos entornados por el deleite y condensando en una frase la exquisitez de aquellos instantes venturosos y fugitivos:

—¡Qué bella está la mañana! . . .

¡Qué suave el perfume de estas rosas!

México, junio de 1919.

El autor
presenta sus
homenajes de gratitud
a la señorita Magdalena Cabuis
por haberse dignado esclarecer este libro
con el esplendor de su
expresiva y refinada
belleza.